techo de aquella galería: en unos lugares, figurando trabajos de filigrana, artisticamente concluidos; en otros, cual dibujos arabéscos, por mano maestra egeculados; en este, como pequeños espejos, mas límpidos que las lunas venecianas; en aquel, imi-tando mosáicos caprichosos; aquí primoro-sisimos dibujos; allá brillantes y delgados hilos formando múltiples labores; la techumbre, artesonada en unos sitios y en otros, simulando pequeñas estalactitas; en todas partes; en fin, se presenta la plata nativa en diferentes y admirables formas, sobre un fondo de tan diversos colores, que ha te-ner brillantes, al arco Iris podia compararse.

Le que veiamos era tan maravilloso, superaba tanto á la idea que de aquellos sitios teniamos formada, que para describirlos aunque fuese someramente, seria necesaria una pluma mas correcta y una ima-

ginacion mas fecunda que la mia. Careciendo, pues, de tales dótes, me li-mitaré á copiar, mas adelante, la traduccion de la nota que los ingleses escribieción de la nota que los ingleses escribie-ron en sus respectivas carteras, continuan-do ahora la visita que refiero, aunque poco-me queda que relatar, pueste que siguien-do la galería, en que tanta riqueza la Pro-videncia de Dios había aglomerado profu-samente, por el intermedio de la galería S. nos fuimos á N. hasta llegar al pozo de San Autetia, por el que debispase solir ió la calle

Agustin, por el que debiamos salir à la calle. Podiamos aun recorrer otras labores y ga-Ierias, — especialmente las del primer piso, que estan à las 39 metros de profundidad, y fué en las que descubrieron la capa argentifera, pero con una inclinacion tal, que se hizo indispensable abrir las galerias del piso segundo,—mas, estabamos tan rendidos, endabamos tante. piso segundo, —mas, estadamos tan rendidos, sudabamos tanto, á pesar de la mucha ventilación que alli hai, y el olor repugnante que despedian las luces de nuestros candiles, alimentadas por el petróleo nos tenian tan marcados, que dispusimos avisar á los guardas que debian esperar nuestras órdenes que de hacal del nova en que nos hallavaen el brocal del pozo en que nos hallava-mos, para que dispusieran sacarnos á la su-

perficie.

Efectivamente: apenas dado el aviso por el Administrador, sentimos el monótono rui-do del torno, y á poco, una gruesa cuer-da de esparto descendió hasta llegar á nues-

tro alcance.

Concluia en una lazada, à la que ve-nian sugetas unas correas de cuatro dedos de anchas por cinco ó seis palmos de longitud proximamente, las que repartió el Administrador entre nosotros.

Si yo hubiese pensado que pendiente de una cuerda tenia que salir de aquel lugar, (sin vergüenza lo digo, aqui para entre no-sotros) no hubiera entrado en la mina.

Mi amigo que opinaba como yo, pero menos prudente ó mas franco, se permitió proponer nos volviesemos, para salir por el po-

zo de las escalas.

Una mirada con- su correspondiente sonrisa que le dirigió un ingles, fué bastante para que no insistiese en su propósito. Con aquella mirada y aun mas con aque-lla sonrisa, le parcció que se le llamaba cobarde, y ningun español se deja así calificar por los extranjeros.

Tubo que hacer de tripas corazon, mientras yo aparentaba una serenidad é indife-rencia que estaba muy lejos de sentir. Salimos á la calle. Es digno de contar

como salimos.

Aquellas correas que nos mandaron en la cuerda, se conocen entre los operarios con el nombre de barzones, — aunque en mi concep-to deberian llamárseles bandoleras.-sirven para que, despues de meter una pierna por el ojal de la cuerda, el individuo que haya de salir del pozo por el torno, sugete

aquella al cuerpo, cruzando el barzon desde un hombro á debajo del brazo contrario en donde se asegura con su correspondiente evilla.

Esta sugecion es muy conveniente y hasta necesaria, para evitar cualquier desgracia que podia ocurrir por efecto de un vahido ú otra causa analoga.

El primero que se enganchó haciendo alarde de una mentida valentia, fue mi amigo, que, siguiendo estriclamente las instrucciones del Administrador, llegó á la calle sin novedad alguna.

No así el ingles - el que no habla ni entiende el castellano — que sin la precaucion ni formas debidas, empezó á subir dando tantas vueltas, que parecia bailaba un Vals en el espacio. Pero no fué esto lo mas gra-ve, sino que á casi la mitad del pozo, se enredó de tal manera en la cuerda que bajaba, que alli fueron sus angustias y sus

Queria desenredarse y se enredaba mucho mas; grifaba y sus voces impedian que llegasen à los torneros las que el Administrador daba para que pararan el torno: el candil se desprendio de sus manos y á no ser por el barzon, el tambien se habria des-prendido y estrellado. Por fin los que movian el torno comprendieron lo que pasaba, v deshaciendo algunas vueltas, lograron librarle de aquel peligro y sacarle à la su-perficie, aunque con las manos llenas de rozaduras, y la cara cárdena y ensangrentada.

Le siguió el olro extranjero que procuró Le siguio el otro extranjero que procuro no imitar á su paisano, pero al tomar tierra, permitaseme la frase, no-bajó suficientemente la cabeza, con la que chocó en la mesa del torno, resultando del coscorron una prominencia que tubo que refrescar con árnica y paños de agua y vinagre para hacer-

la desaparecer.

Llegó la vez mia. Creo que maquinalmente tomé el ojal y que solo por espíritu de conservacion tube fuerzas bastantes para ir apoyandome con los piés en los hastiales del pozo; y aun así, estube proximo à enredarme en la cuerda, como le sucedió al primero de los ingleses.

No sé lo que sufri en mi ascension. Al verme á la mitad del pozo, casi perdi el sentido y cuando salí á la calle, estaba pá-

lido como un difunto.

No asi el Administrador que subió cantando é impasible. ¡ Lo que hace la costumbre! Yo quisiera tenerla, porque al fin los peligros tienen sus placeres y bueno es disfrutar de todo, que no siempre se ha de gozar á pata la llana. Despues de dar las gracias á los que nos

habian servido de torneros, que en su ho-nor debo consignar que no aceptaron la gratificacion que les haciamos, marchamos con el Administrador á su casa, para disfrutar de un modesto refresco que nos tenia preparado, y en el que, mis extranjeros be-bieron de lo lindo, apesar de sus contu-

Debiera terminar esta carta copiando algunos de los apuntes tomados por los ingleses, pero como la mayor parte de los de hoy, se refieren al concepto y opinion que han formado de estos terrenos, me parece oportuno dedicar á este motivo una sola carta, que deberá ser la última que desde

este punto le dirija. Si V., sin embargo, quiere adelantar à los lectores de El Minero de Almagrera los indicados apuntes, digamelo y desde luego se los remitira con mucho gusto, su afec-

tisimo S. S.

Herrerias 1874.

INAUGURACION.

El dia 14 del corriente se efectuó la inauguracion del tram-via á vapor entre Cartagena y sus Herrerias, con asistencia de las autoridades locales y gran número de personas distinguidas.

Este acto tubo lugar en la estacion situada en lo que fué batería de Marina, bar-

rio de Santa Lucía.

A las 9 y 45 minutos de la mañana, el Sr. Alcalde de Cartagena, D. Jaime Bosch, declaró abierto al público el servicio de las linias que se hallan completamente terminadas. Despues de los discursos pronunciados por esta autoridad y el Sr. Undtrdewn, vicepresidente de la empresa constructora, las autoridades y convidados se trasladaron á los carruages y dada la señal de salida, partió la locomotora á las 6 v 55, entre los vitores de una multitud numerosa que rodeaba la estacion profusamente engalanada con banderas españolas é inglesas, de la provincia y de la ciudad. A las 10 y 53 partió de nuevo con di-

reccion a Cartagena, recorriendo la distan-cia que média entre aquella Villa y el apeadero de esta ciudad, sitio nombrado el

Hondon, en 18 minutos.

Seguidamente fueron conducidos los Señores invitados en carruages que la empresa tenia al efecto, á la fonda de Paris, donde se habia preparado un espléndido almuerzo, en el que reinó desde el principio la mas fraternal union entre los concurrentes y en el que se pronunciaron elocuentes discursos que fueron acogidos con hurras

y muestras de aprobacion.

Al enviar, desde las columnas de nues-tra modesta revista, la mas cordial felicitacion á la empresa constructora y demas personas que hayan contribuido á la realizacion de una obra que tantos benficios ha de reportar á la industria minera de aquel pais, sin que hayan sido obstáculo para ello, las criticas y terribles circunstancias por que ha pasado, permitasenos lamentarnos de que en el nuestro no haya personas de iniciativa suficiente, ya que, gracias á Dios, capitales sobran para acometer empresas semejantes ú otras de indole parecida, que la opinion pública ansia y biene, constantemente reclmando.

MISCELANEA.

nismar la lia cuin i

-Vemos con satisfaccion que los mineros de nuestro distrito van reconociendo las ventajas que reporta el empleo del acero para las barrenas, en vez del hierro que hasta ahora se ha venido usando. La práctica ha demostrado palpablemente que el primero presenta una economia de un 75 por ciento en el gasto que por solo este concepto tiene cada mina.

El uso del martillo, parece empieza yá á sustituir al de la machola; y esperamos ver con el tiempo, desaparecer tambien el rancio sistema de pegar fuego à los barrenos por medio de la assisiante pajuela, quedan-do en su lugar la mecha de seguridad ó Bickford, ó sea la que nuestros mineros lla-

las grandes ventajas que reporta.

Figense las Sociedades explotadoras en estos, que hemos dado en llamar pequeneces, pues tienen gran importancia en la buena administracion de un establecimiento minero, siendo las que en la mayor parte de las minas deciden del écsito.